MEMORIAS Y OLVIDOS
DE LA GENTE DEL OESTE

MEMORIAS Y OLVIDOS
DE LA GENTE DEL OESTE

En el otoño de 2003,
el río Salado inundó una tercera parte de la ciudad de Santa Fe.
Más de 120 mil personas sufrieron las consecuencias
de la imprevisión y el abandono del Estado.
El agua se llevó vidas, destruyó casas, invadió historias.
Del antes y el después, dan testimonio las fotos.
Quizás una foto sea eso.
El lugar donde nacimos, la familia, el barrio...
Quizás una foto sea eso.
La memoria que insiste.

Foto dañada por el agua, perteneciente al álbum de la familia Falchini - Venturini, Bº Roma, Santa Fe - ARGENTINA

Los de abril y mayo de 2003 fueron días oscuros. Fueron días en que la gente se quedó vacía. Vacía de sueños y vacía de ayeres. El agua, la agresión de un río atravesando la ciudad, y la agresión de un poder político olvidando a la gente, se habían llevado todo. Habían borrado las huellas que las personas eligen para tejer su identidad.

El oeste, bajo el agua. La otra ciudad ...lejos. Sólo se llegaba a ella al bajar de las piraguas y tocar los puertos que antes habían sido los caminos a la escuela, al trabajo, al paseo.

Pocos acompañaron esos días y pocos "*vieron*". Supimos que iba a ser difícil recordar cómo era la casa antes, qué había en cada lugar, cómo era el rostro del vecino. Si nuestra cabeza tambaleaba ¿qué pasaría con "*los otros*"? Esos otros que, viviendo en la misma ciudad, no reconocen el oeste: una franja que atraviesa Santa Fe de norte a sur, donde viven ciento cincuenta mil personas excluidas de toda planificación urbana, económica y social, antes, durante y después de la inundación.

Cuando empezó la vuelta a una casa lastimada, llena de ausencias, miles de personas sólo encontramos restos embarrados de lo que había sido la vida cotidiana. Como arqueólogos de nuestro propio pasado, intentamos entonces el trabajo inútil de rescatar frágiles recuerdos. No había más plantas, ni mesa, ni música, ni cuadros, ni fotos, y tampoco estábamos todos.

Las huellas del río estaban visibles.

Latentes, aparecían las palabras, las imágenes, la necesidad de retratar esta historia.

Las fotos se desvanecían en las manos y, con ellas, se diluían años de íntimos acontecimientos.

En la pila de basura y barro se confundían el álbum de los hijos, las viejas polaroids de la plaza del barrio, la fugacidad de algún viaje o las sepias que heredamos de los abuelos.

Quizás por ese vacío, la cámara se nos hizo una herramienta indispensable.

En esa ciudad del desamparo, nos encontramos quienes formamos parte de este grupo de investigación de memoria de la inundación. Cuando el agua llegó, se nos ahogaron las palabras. Se hundieron las palabras. Cuando el agua se fue, nos inundaron las preguntas ¿Qué vamos a hacer?

El recuerdo de otras memorias y olvidos, nos impulsó a trabajar esta "memoria urgente". Sabíamos que recordar, en la Argentina, significa luchar contra políticas de olvido.

Dar la batalla de la memoria fue y es un deber. Es nuestra manera de no desaparecer.

Hubo tiempos en que la memoria filiar, la de los recuerdos, la de los micromundos vitales, era mansa. Recordar no era un trabajo; para eso se guardaban los cuadernos escolares, los primeros dibujos, las fotos. El archivo familiar espera ese momento para desplegarse y empezar a conversar entre todos.

El agua evitable arrasó con esas escenas. La memoria trae tristezas, dolor, muerte y ausencia. Por eso, hablar no es fácil y, además, no siempre se puede.

En un encuentro íntimo, veinte personas se atrevieron a hablar, desde adentro. La palabra aleteando detrás de los ojos, monólogo del alma. Palabras que se entramaron con las de quienes escuchaban y dispararon la foto. Veinte voces y cuarenta fotos que hablan por todos los hombres y mujeres del Oeste.

Santa Fe, abril de 2005

CAPÍTULO I

"A nadie le deseo ver salir la biblioteca de la casa, como yo la vi salir. Porque no es una biblioteca…ibah!, no es una biblioteca… sí es una biblioteca, son años de libros dedicados, o sea, ahí hay muertos que han vuelto a morirse y nuevos muertos. Escritores amigos que se murieron y que te dedicaron el libro, gente que te regaló un libro, libros que vos compraste y a partir de los cuales se te abrió la cabeza, libros que alguien te recomendó porque sabía que a vos te iban a hacer bien, y qué se yo…Una biblioteca es mucho más que una colección de libros. Y no solamente es eso, sino que, además, es mi laburo. Yo laburo con libros. Los libros son parte de mi vida.

Y ver salir tus libros, los libros que tuviste en la mano, los libros que te abrieron el mate…y que caigan en el medio del fango, es una cosa que no le deseo a nadie. Es como si fueras con toda tu familia y en un accidente se te matan todos y quedás vivo vos. Es exactamente igual, no sabés cómo procesarlo…".

Juan Carlos Rodríguez F., Barranquitas

Alexander Gillespie
BUENOS AIRES
Y EL INTERIOR
Carl E. Solberg
PETROLEO
Y NACIONALISMO
EN LA
ARGENTINA

¿Somos los mismos en otra ciudad?
¿somos otros en la misma ciudad?
¿Dónde estuvimos?
¿dónde estamos?
¿Sirve juntarse, para qué?

¿Qué vamos a hacer?
¿Poner los ojos, cerrarlos?
¿Poner la mirada, guardarla?
¿Recuperar imágenes, abandonarlas?
¿Qué vamos a hacer?
¿Qué calle, qué distracción?
¿Qué olvidos?
¿Qué procesión de mudos?
¿Qué palabras?
¿Qué vino amargo?
¿Qué cobija?

Si apagamos la llama
y nos quedamos quietos,
mansos, previsibles,
y la ciudad se pierde
en la otra calle.
Y la ciudad se pierde
y no la vimos…

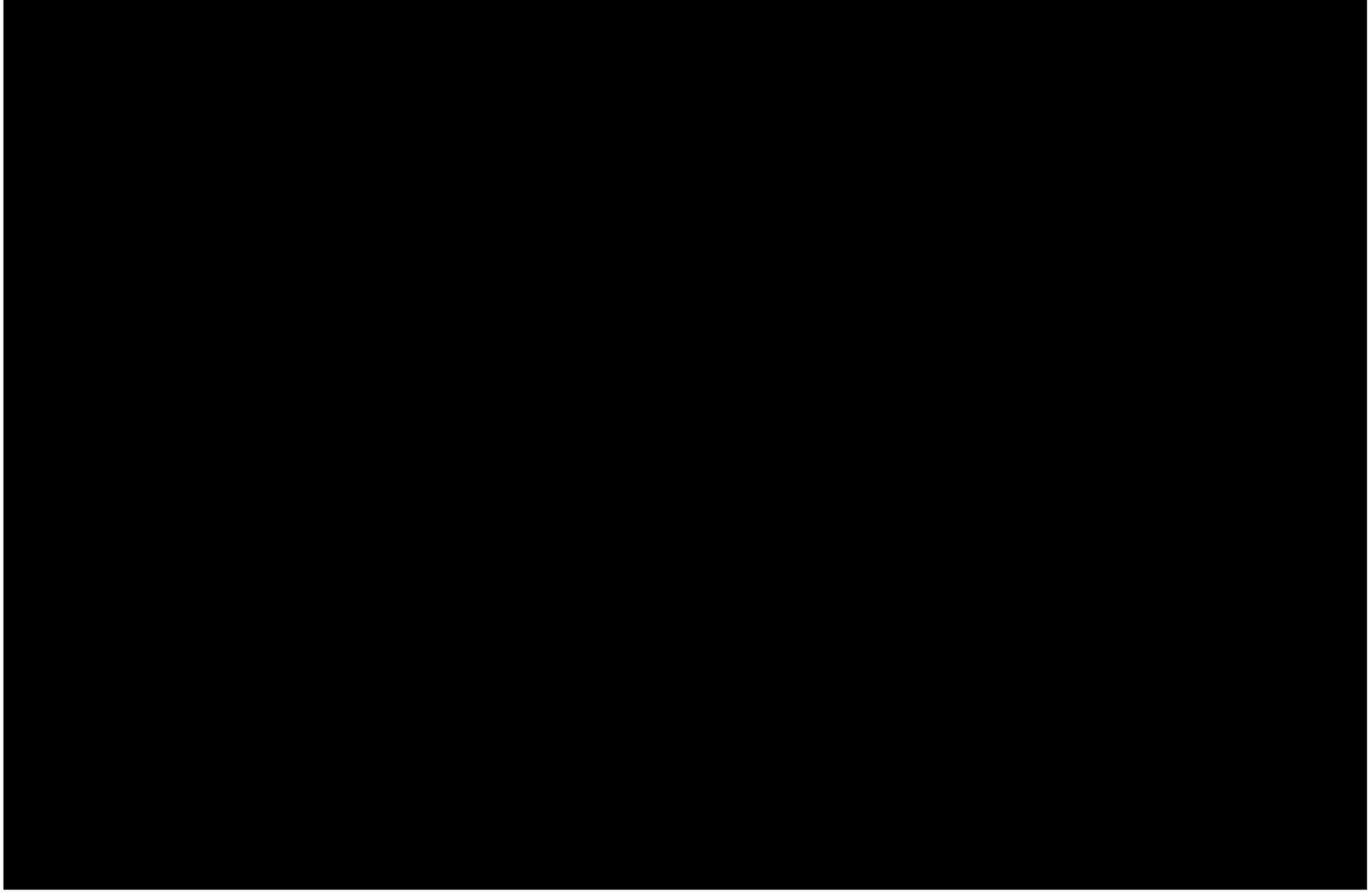
- “Ese fue y será mi barrio. Yo nunca hice cambio de domicilio. Hoy ese barrio tiene mal nombre, pero cuando yo tenía 17 años era mucho peor, era El Gran Chaparral. Cada pedacito que tuve que pelear en la sociedad, a mí me costó el cuádruple por ser una negrita nacida en Santa Rosa…Yo nunca quise cambiar, porque el barrio tiene partecitas de la historia de toda tu vida, y hay muy buena gente, están tus vecinos, con los que tomábamos el vermouth juntos.

Yo pienso más en Santa Rosa como mi barrio que el lugar donde ahora vivo. Tengo un gran sentido de pertenencia. Mi lugar, mis afectos y todo lo que quiero, tiene una proyección en Santa Rosa".

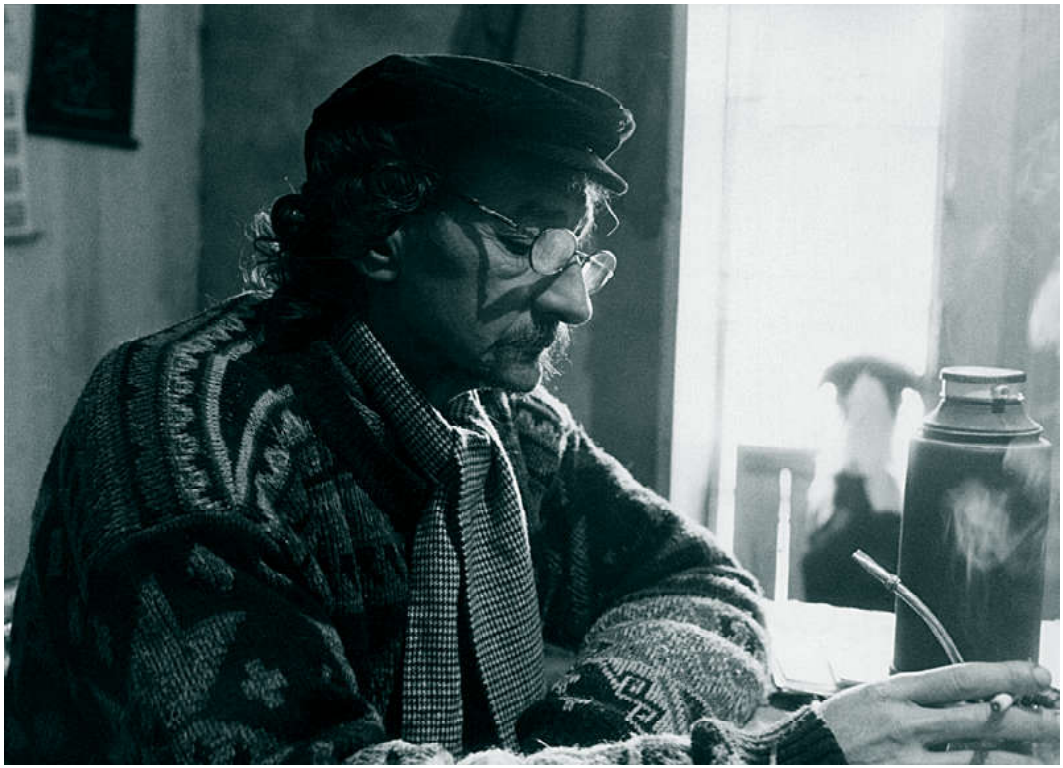
Marilyn, Santa Rosa de Lima

"Se corrió la bola de que tenías que empezar a sacar fotos del estado en que quedaban las cosas dentro de la casa. Y yo cuando entré, empecé a sacar y sacar, y tirar y tirar... Y cuando terminé me dí cuenta de que había tirado casi todo. Entonces, me dije: ¿fotos adentro de la casa? ¿de qué?".

Hernán Bono, Bº Alfonso



Estos son los rostros del después, de este tiempo.
Son los rostros que vimos detrás de las puertas,
detrás de las palabras, detrás del ruido.
Al volver a mirarlos a todos juntos,
es posible que recién encontremos la justificación del disparo.
Ahora, cuando los olvidos empiezan
a calar nuestra frágil memoria, esta sucesión de imágenes,
esta reconstrucción de identidades,
desmienten a los números fríos de la estadística.
Es posible que algún día, un nombre, una sóla historia común,
terminen venciendo la estupidez del número y el dato.
Entonces, habremos empezado a cambiar algo...



"La inundación me dejó solo. Vamos a empezar por ahí…
Yo bajé un jueves a la noche del techo, el viernes a la mañana
limpiamos todo y a la noche, con mi mujer, nos tiramos a dormir.
A la madrugada ella fallece…

Eso fue lo que me dejó la inundación.

Y ahora, hacerme cargo de todo. Porque mi mujer encaraba todo: ella pagaba los impuestos,
ella hacía los trámites, ella iba al veterinario… la que hacía todo era ella, y ahora me dejó solo.
Mataría despertarme y encontrarme bien, como estaba antes. Y no sé cómo vencer todo esto…
A mí no me gusta salir a la calle, hablar con la gente…y ahora tengo que salir a la calle y hablar con la gente".

Por no tener nada, nada más que odio,
agonizan por el mal los perros pálidos.

Desde que estamos locos,
ensangrentados de brindis furioso,
agoniza la esperanza emborrachada.

Maldita pieza de hierro, ojalá tamizada,
esa hembra puta que nos dieron por herencia,
como nuestros abuelos alimentaban
en sus pechos a nuestros padres.

¿Quién pudo multiplicar este mal sobre dos?

¿Por qué el hombre llegó a ser hambriento y rotoso?

¿Hacía falta un mártir que no se abra más de rodilla…?

No lo sé…

Todo quedó en la esperanza de un león rey,
en salvaje sacrificio,
la locura de un niño, o duda nerviosa.

Si yo pudiera haría mierda las razones espirituales,
pero yo no sé arrojar un beso al abismo,
suspender los partos, secar las flores…
Eso sí: hay que cambiar de teta y alimentarse de otra manera.
Ya estamos cansados de tantas historias creadas.
Si el pájaro eligió la jaula, el mundo es de los esclavos…
Y a nosotros, a nosotros, ¿qué nos queda?
Arrojar un beso al infinito, y que lo tome quien Dios quiera…

Horacles, Villa Hipódromo

"…Y en esos días hablábamos de todo, nos poníamos a recordar las cosas que hacíamos cuando no había agua. Nos acordábamos de cuando jugábamos a la pelota en la calle. Decíamos: pensar que nosotros siempre estábamos ahí, en el barrio, y ahora lo ves como extraño, como que ya no va a ser el mismo barrio de antes.

También decíamos: tienen que haber sabido que el agua iba a venir, no quisieron alarmar a los vecinos y mirá lo que hicieron. Y nos poníamos a pensar en la gente que murió…

Estábamos aislados. No sabíamos lo que pasaba del otro lado de la ciudad que no estaba inundado, porque al no tener radio ni nada, no sabíamos si daba vuelta el mundo…".

Ignacio López, Bº Roma

"Lloraba. Lloraba, lloraba y lloraba… El día domingo no me dejaban venir a mi casa, entonces mi marido dice: voy al cementerio a llevarle flores a mi hija. Entonces se levanta una de mis nietas y le digo: llamame un remís, que yo también me voy y lo encuentro allá.

Yo ya tenía un bolsito con mi poquita ropa preparada y tenía una llave de esta casa. Cuando me ve salir, mi nieta me pregunta: ¿adónde vas con ese bolso? Yo me voy a mi casa, le digo. No, no, me dice ella…bueno, al final se vino conmigo. Cuando entré, ¡ayyy lo que me dio! Me habían puesto esa foto de mi hija en aquella mesa, cuando la vi a ella parece que me calmó, que me dijo: mami, no llores más… Porque era desesperante, desesperante…

¿Qué vamos a hacer? Esperemos que Dios nos ayude un poquito, no me interesan mucho los muebles ni nada, pero que estemos bien…".

Gladys Barbatto, B° Roma

"Fue como si a la vida y a las personas se nos cayeran los mantos y las caretas, y los sentimientos verdaderos y los otros…todo se mostró. Porque, convengamos, que nosotros sabíamos que la municipalidad no era lo que esperábamos, no necesitábamos estar tapados de agua; convengamos que sabíamos que había un montón de cosas sin hacerse y que eran una falta de respeto para todos.

Y esto fue como que el agua vino, hizo ¡puff! Telón, escenario, todos los actores…pero sin libreto. Y ves lo mejor y ves lo peor, y ves todo mezclado, y ves lo que vos hubieses querido no ver nunca.

Porque yo te digo sinceramente: la sensación que tuve de abandono, y esa cosa clavada acá de ¡la puta madre, estos hijos de puta querían matar a la gente!, esta sensación ya no sé si me la voy a sacar alguna vez.

No puedo dejar de sentirlo y de decirlo: no había nadie. Mínimamente, agarrá un handy y mentime, hermano, decí: "manden 5 litros de nafta…'', ¡mentime por Dios! Qué se yo… hubieran dicho: "señora, la llevo…", al parque llevame aunque sea.

Por lo menos demostrame que merezco respeto, por lo menos que simulen. Y eso es lo peor: te das cuenta de que no existís, porque ni para simular te convocan. Vos decís: yo no la tengo muy clara... ¿qué me ha pasado adentro?, porque también lo voy descubriendo.
Sí te puedo decir cosas que voy sintiendo. Y yo, que elijo las palabras, ahora me cago en las palabras, porque tengo necesidad de decirlo ya, y después bancarme las consecuencias''.

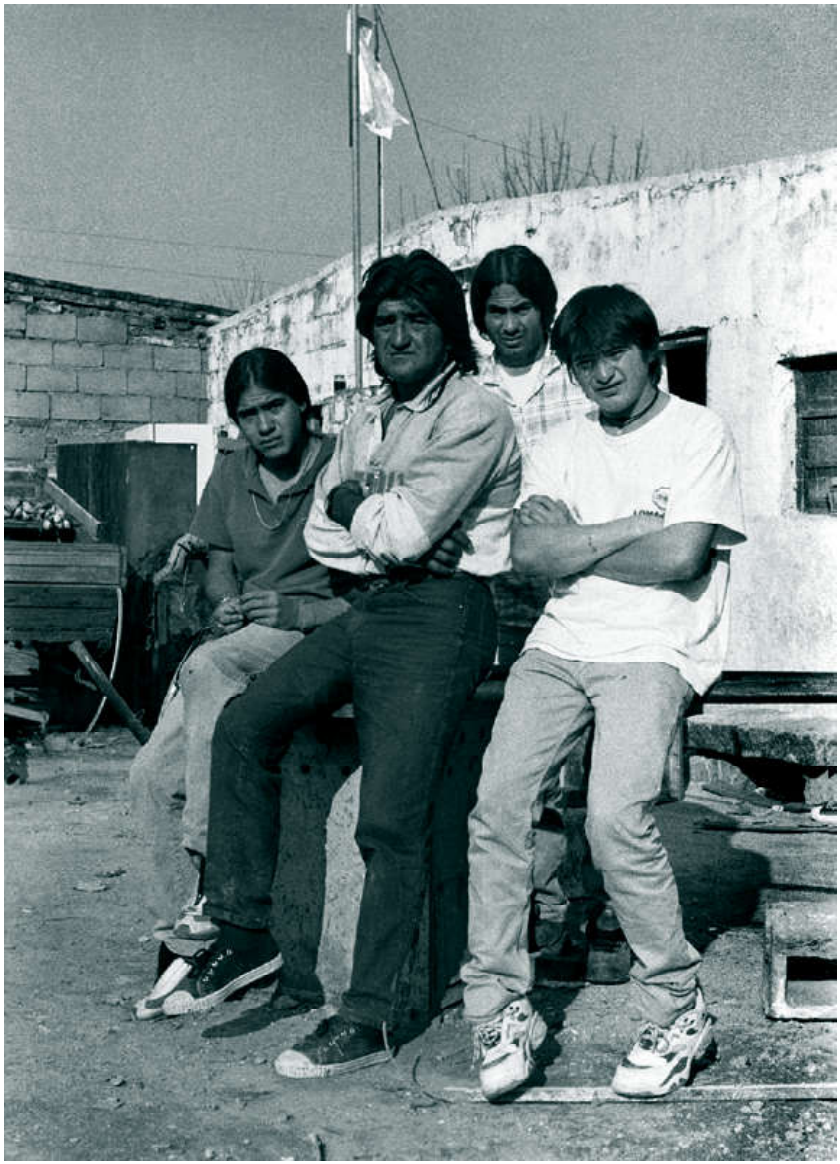
Marilyn, Santa Rosa de Lima

■ "Todo eso que pasamos y lo que nos queda por pasar, va a estar conmigo. Esté acá o en el medio de Australia. No quiero que la cuestión pase sólo por la casa, porque ya me pasó que teniendo todo se me fue así, de un día para el otro. Entonces, quiero que las cosas estén más allá de esa casa".

Analía Molinari, Bº Chalet

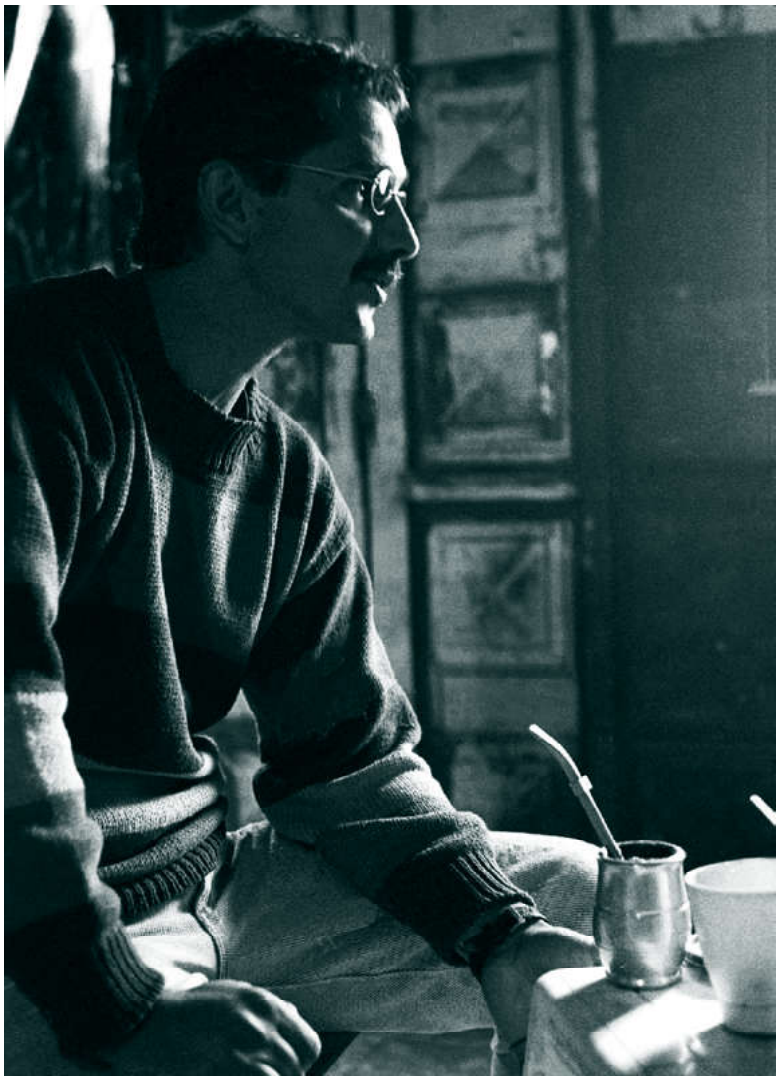
“Viernes a la tarde yo cobraba y me daba el lujo de venir en taxi. Todos los sábados, me daba el gusto de ir a la casa de la modista y hacerme los pantalones oxford, de esos que venían antes, pantalón y camisa a mi medida y mi talle. ¡Y todos los sábados y domingos hacía eso..! Antes vos laburabas y tenías, vos hacías lo que querías”.

Tuco Aguirre, Bº Arenales



"Me pasó que yo tenía un par de rollitos de billetes en diferentes lugares. Había uno que lo tenía en la tierra y había otro que lo tenía en la pieza de Violeta, mi hija, adentro de un títere. El de la tierra, en una lata. Y pensaba: ¡tanta mala suerte voy a tener para que el de la tierra salga flotando! Pero al de la pieza sí pensaba que lo perdía, porque las ventanas quedaron abiertas.
Al otro día el agua había bajado un poco y entré. Empiezo a buscar y encuentro el canasto donde estaban los títeres, flotando.
Y buscaba un pájaro…y encuentro el pájaro y no había nada. Agarro un perrito, espantoso, y lo toco y estaba gordito.
No me acordaba en qué animal lo había guardado".

Hernán, B° Alfonso



“Solos no podemos hacer nada. O hacemos en conjunto o te quedás con esta bronca de agachar la cabeza y dejar que las cosas sigan sucediendo. Algunos me dicen: ¿para qué te complicás la vida?, vos cobrás, tu señora trabaja, tenés chicos, estás bien...

Pero todo no pasa por ahí. Si bien yo perdí cosas de mucho valor acá, esto tampoco pasa por ahí. Pasa por despertar y ver cosas que antes, para mi visión...estaban ocultas’’.

Francisco Criado, Vecinal 12 de Octubre

"Yo me bajé de la lancha y empecé a caminar sin saber para dónde, porque Mónica se había ido. Nos desencontramos. Yo sabía que ella se había ido porque me dijeron, y empecé a caminar, como muchos otros, con una bolsita... caminando sin rumbo. Quería buscar un telecentro. Estaba la luz cortada. Y por el medio del Parque Garay, millones de personas que cruzaban, pero un chico más o menos de 12 años venía llorando... Llorando, ¡pero a los gritos!, por el medio del parque. Nos cruzamos así, al lado, y yo lo miré y seguí caminando como si nada... El pibe siguió llorando ¡y nadie le daba bola!

Yo nunca me acordé de eso hasta que pasaron 4 o 5 días y me acordé así como un flash y me puse a pensar: ¡qué loco no! porque cada uno en su historia y no te importaba nada... O sea: no es que no te importaba nada, sino que no entendías nada".

Diego, Bº Roma

Después del agua, José olvidó la firma. El, que la ensayó durante tanto tiempo y la usaba con cierto orgullo. Es que pocas veces José tenía oportunidad de firmar. Una vez al mes, en algún papel de su trabajo. Y en esos trámites que todos atravesamos y que nos comprometen hasta los huesos. Pero aún cuando sabemos que nos están jodiendo, la firma nos aparece como defensa, como única señal de existencia, como autorización para vivir.

Eso es lo que debe haber sentido José cada vez que enfrentaba la hoja. Cada vez que emprendía el trazo, cada vez que dejaba claro quién era con su firma. José estuvo ahí, dando vueltas hasta último momento. Estuvo ahí en Avenida Perón hasta que el agua llegó a la altura de su cuello.

Ahí anduvo José, sobreviviendo sin nombre. Sin papeles para ensayar su firma, con la tinta hundida en algún lugar de la casa.

Después, José caminó por la ciudad y contó a algunos esta historia del olvido. Dijo que estaba tratando de ensayar de nuevo, que le costaba garabatear su nombre. Dijo que buscaba papeles donde su firma apareciera.

Dijo también que otro José le andaba peleando en el cuerpo. Otro, que apareció después del agua. Otro garabato, otra autorización para vivir...

"Es un marinero. Estaba en la casa, en el ropero, nadie lo vio y quedó ahí, en el agua…en una caja estaba. Perón me lo regaló para Navidad, porque se hacía lo que no hacen ahora, que censaban las casas y entonces a usted le daban según los hijos que tenía. El pan dulce, la sidra, y el regalo para el chico. Yo ligué ésto y un juguetito de té, que no lo tengo pero que me quedó en el recuerdo. Eran unas tacitas como de lata y una ollita. Yo lo guardaba por si tenía una nena, porque como yo no tuve ni padre ni madre, él fue el único que me regaló juguetes. Y siempre que iba al cementerio, le ponía flores a Perón y a Evita…

Y ahora…¡cuántos años que lo había guardado…!
Tenía un pantaloncito y un cuellito marinero y el gorrito.
Lo dejé así como quedó''.

Mamá de José Claudio Peralta, Barranquitas

"Hay algunas cosas que no soporto ver y que no soporto escuchar.
No soporto escuchar el ruido de los helicópteros, no puedo ver las bolsas negras de consorcio, me alucinan los colchones… Los colchones en la cama más o menos, pero alguien con un colchón envuelto en el hombro me pone re loco…¡qué querés que te diga!
La avenida López y Planes se había convertido en una especie de Shangai. Era gente que iba, que venía, mudanzas, gente con cosas arriba…una cosa tan fuerte, tan fuerte. Gente como atontada, como que no se sabía adónde iban, quiénes los mudaban. Era una cosa loquísima ver tanta mudanza, tanta mudanza…
Yo tengo mucha tristeza y tengo mucha angustia y mucha bronca. Pero salvo la muerte -que no sé tampoco-, nada me va a pasar por encima. O sea, la vida me dio muchas cosas como para cruzarme de brazos ante la adversidad. Nunca me pasó algo como ésto. Se me han muerto amigos queridos, casi hermanos y he sentido mucha pena y mucha tristeza muchas veces en mi vida, pero esto es indescriptible.
Entonces, soportar que estos tarados hayan dicho las cosas, las estupideces que dijeron, y desde el lugar desde dónde las dijeron, realmente te crea mucha bronca. Y me da mucha bronca tener bronca, quisiera no tenerla, ¿la verdad?: quisiera olvidarlos. Pero bueno… es imposible, porque son recurrentes, pero no me gusta acuñar bronca. Yo soy un tipo muy pacífico, nunca acuñé broncas ni envidias ni venganzas ni nada. Ahora estoy tratando… ahora mi trabajo consiste en sacarme la bronca".

Juan Carlos Rodríguez F., Barranquitas

"En todos los barrios a los que fui era muy triste, era como si les faltara algo…antes ponían música y ahora estaba raro el ambiente, ¿viste cuando vos lo notás a eso…? Como que se sentía más denso el barrio, horrible, horrible…

Yo estaba arriba del techo de mi papá, y un día vine. Esto era el cementerio. El olor, el silencio y los perros ladrando… retumbaba el barrio. Y ahora sigue triste y va a tardar en recuperarse. A la gente vos le veías la cara oscura, medio opaca, no era la misma alegría de antes ni la misma fuerza que tenían para seguir, era como que estaban -y todavía están- sin saber qué hacer. Nadie tiene la respuesta".

Cristian y Vanesa, Villa Oculta

Dicen los diarios
que el río ya se fue
y dicen bien

dicen que la ciudad
se ordena
y en los días que vienen
se verá como siempre

pero mi amiga
de calle Galisteo
ahora se inunda de pasados
y le pesan las noches
las fotos, los espejos
o la distancia de la patria anterior

Pero claro,
a las mínimas causas
no las registran
en los despachos públicos

y no sé qué será después
de las mujeres
y los hombres
cansados
que se atreven
que insisten
que le besan la frente
a algún dolor.
y le ponen las manos
a los rostros ausentes

yo no sé…
pero inquieta verlos
exiliados en la misma ciudad
expropiados, heridos
burlados por el pecho
y por la espalda

yo no sé…
de qué está hecho
el dolor o la memoria

"Toda la noche se escucharon gritos de la gente que se trataba de encontrar.
Que dónde está Sandra…que dónde está el bebé…
Había una chica en la Manzana 3 que estaba por dar a luz…
Y a las cuatro de la mañana, cuando nosotros nos levantamos,
vimos que… bueno… ya había llegado a un tope demasiado alto.
Y entonces nos preocupamos.
Mi imaginación era una gran ola que nos tapaba.
Porque, de la manera que la gente decía que se venía,
nos tapaba y nos moríamos todos".

Mirna, Bº Centenario

"Agarré mi desabillé y me iba así, de paso… En ningún momento le di importancia a lo que estaba pasando. Y los chicos que me iban a llevar en la lancha me decían: señora, no lleve nada, venga así nomás que allá adonde va a ir le van a dar ropa. ¿Qué sabía yo adónde iba?… si yo iba a la calle".

Peti, Santa Rosa de Lima

"Yo le preguntaría a ellos qué le dirían a sus hijos. -¿Qué hiciste papá cuándo vino el agua? ¿Qué hiciste vos, que eras intendente, que fuiste gobernador, concejal…?
Que ellos les digan a sus hijos qué es lo que hicieron… ¡Se escondieron como ratas! Porque yo, que estoy a la vuelta de la parroquia La Merced, los vi. Una noche llegó el intendente y había mucha gente evacuada por avenida Freyre, y cuando se enteraron de que él estaba fueron a esperarlo al lugar por donde había entrado ¡y salió por otro lado!. Como una rata por tirante salió, disparando de personas que le pedían respuestas. Que le preguntaban ¿qué es lo que había hecho?, ¿por qué había mentido? Y él salió como una rata, escondido en una 4 x 4. Yo lo vi…lo vi con otro amigo, y mi amigo lo quería agredir y yo le digo: pará, ¿qué vamos a hacer? ¡estamos locos!, estamos con tres metros de agua y vamos a ir presos por pegarle a este tipo que es una rata…porque se escapó como una rata por tirante".

Raúl Torres, Bº Centenario

"En el año 69, cuando el hombre llegó a la luna… Cuando el hombre llegó a la luna, yo empecé de cadete. Terminé 7º grado acá en la escuela Quiroga y empecé de cadete en una tintorería ahí en San Lorenzo y Buenos Aires. Y ahora estamos tratando de sobrevivir todavía… y pasaron 34 años".

CHOCHI
NUNCA

CHOCHI
NUNCA

"Digamos que nadie estaba preparado para un hecho catastrófico.
La gente a la que se le murió algún familiar no estaba preparada…nunca estás preparado para que se te muera un ser querido.
Y calculo que eso te hace replantear todo. Después, lo de siempre: cómo seguís elaborando tu vida.
Y vi cosas muy bellas. Como una chica que es diseñadora, Pamela, que en esos días se dedicaba a hacer muñequitos para los nenes de la villa. Entonces, capaz que la tipa después escribió algo, pero en ese momento me conmovió eso, estuvo atenta a eso.
También descubrís esos gestos y te das cuenta de que no todo es lo básico, porque yo tengo esa costumbre de decir: bueno, lo importante ¿qué es?: agua, comida y un techo para refugiarte. Pero a veces preferís mojarte y que te abracen…
A veces no, siempre es más importante un abrazo, estar contenido. Siempre un gesto es más importante que los objetos.
Y es un problema del hombre la afectividad".

Romy, Bº Centenario

¿Hay razones para levantarse a las ocho de la manaña?
Y no, razones no; sí quizás algún sentimiento o algo que venga de las tripas,
porque si no, yo prefiero seguir durmiendo y soñando.
Pero igual, como si fuera costumbre, nos encontramos con Edgardo en
la esquina de Freyre y Suipacha a las ocho de la mañana.
Cómo habrá sido el encuentro que ninguno de los dos frenó ni preguntó nada.
Los dos sabíamos que estábamos dormidos, que hacía frío,
que no daba para andar en bicicleta, que ni siquiera las bicicletas podían llevarnos.
Sin embargo, ahí estábamos, con una coordinación de guerrilleros o empleados de Mc Donalds.
A las ocho arribamos a esa esquina. Objetivo: entrevistar al Romy.
Punto de llegada: Centenario, Manzana 9, departamento 42.
En el camino hablamos un poco del Romy.
Una charla que antes hacíamos de dos horas para discutir posibles preguntas,
perfil del entrevistado, caminos y estrategias,
ahora se resumió a un comentario:
"el Romy es un tipo áspero, es rocker pero no de ahora, sino rockero de los ochenta.
Fue iluminador de Carneviva,
es diseñador, vive en pleno Centenario y es hincha de Unión''.
Ahí vamos, entonces, dos tipos dormidos y en bicicleta,
una de ellas atada con una piola para que la cámara no se salga del todo.
Llegamos al Centenario.
El Romy, en el baño tratando de reconocer la cara que estaba en el espejo y
-me imagino-, arrepintiéndose de habernos citado a las ocho de la mañana.
La madre del Romy en la cocina,
el padre del Romy dando vueltas por el departamento a estrenar,
recién pintado, recién arreglado, recién inundado.
Y sí, nos sentamos tres tipos dormidos, simulando estar lúcidos,
tres tipos que nunca se levantan a las ocho de la mañana,
sentados frente a un grabador. Y vendrá la entrevista, las preguntas,
la esperada resistencia y la marcada diferencia con otros entrevistados,
y las diferencias de él con el barrio, las contradicciones,
el rockero de los ochenta pero que vive con las reglas del 03.
En una de esas el olvido empezó a laburarnos. Y no está mal que así sea.
Volvemos a contramano, como debe ser, hasta que encontramos la avenida
y otra vez tomamos la dirección correcta: el camino que debemos seguir para no lastimarnos.
En Mendoza y Freyre vemos dos boludos parados con carteles en la mano,
carteles que dicen un nombre y un cargo... no sé qué, el intendente de quién...
Y a dos cuadras, otros más con el mismo cartel,
y a dos cuadras más dos bicis con parlantes a punto de salir anunciando otro pelmazo.
Pienso y digo que hay que ser muy hijo de puta para contratar a dos tipos
para que se paren en una esquina a sostener carteles,
pero también hay que estar entregado para aceptarlo.
Y el Romy tiene razón cuando dice que ya ni siquiera vamos a la cancha.
Nos conformamos con escuchar el partido por radio aunque nos mientan el resultado.
O directamente miramos el resúmen de los goles por televisión, a las doce de la noche.

Flia. Durán, Villa del Parque

En esos días se nos ahogaron las palabras.
Se hundieron las palabras.
Quedaron desnudas las palabras.
Y la gente escapó en silencio por calles que
se volvieron ríos.
Expulsados y en caravana hacia ningún lugar,
fuimos de repente la imagen real de un apocalipsis.

Encontramos el techo.
Nos apretamos tratando de saber
quiénes éramos ahora...
y supimos que estábamos
condenados a esperar.

El agua había convertido
las esquinas en puertos
las calles en canales
los techos en islas
A remo, con los ojos delante
del cuerpo
navegamos a tientas
por el barrio.

Nuestra casa era el techo
y ahí nos cobijamos
Nos convertimos en guardianes
guardianes guerreros.

Adriana, B° Roma

"Nosotros dormimos en la chapa,
en el techo, mojados,
todos mojados,
sin nada de comer,
sin nada caliente...

No tenía un cigarrillo,
¡me quería morir!
No teníamos nada
y amanecimos así,
todos mojados.
Hasta que al otro día salió el sol,
nos sacamos la ropa,
la colgamos un poco
y así la pasamos.

Al mediodía pasó una canoa y nos
quería llevar. No -les dije-,
yo me quedo,
de acá no me muevo.
Ni muerto me van a sacar
del techo de mi casa...
no me van a sacar.

Y no me sacaron.

Y ahí me quedé.
Solo,
y me quedé peor...
¿Qué hago? -pensaba- ¡tenía un hambre
que me moría!"

Miguel, B° Roma

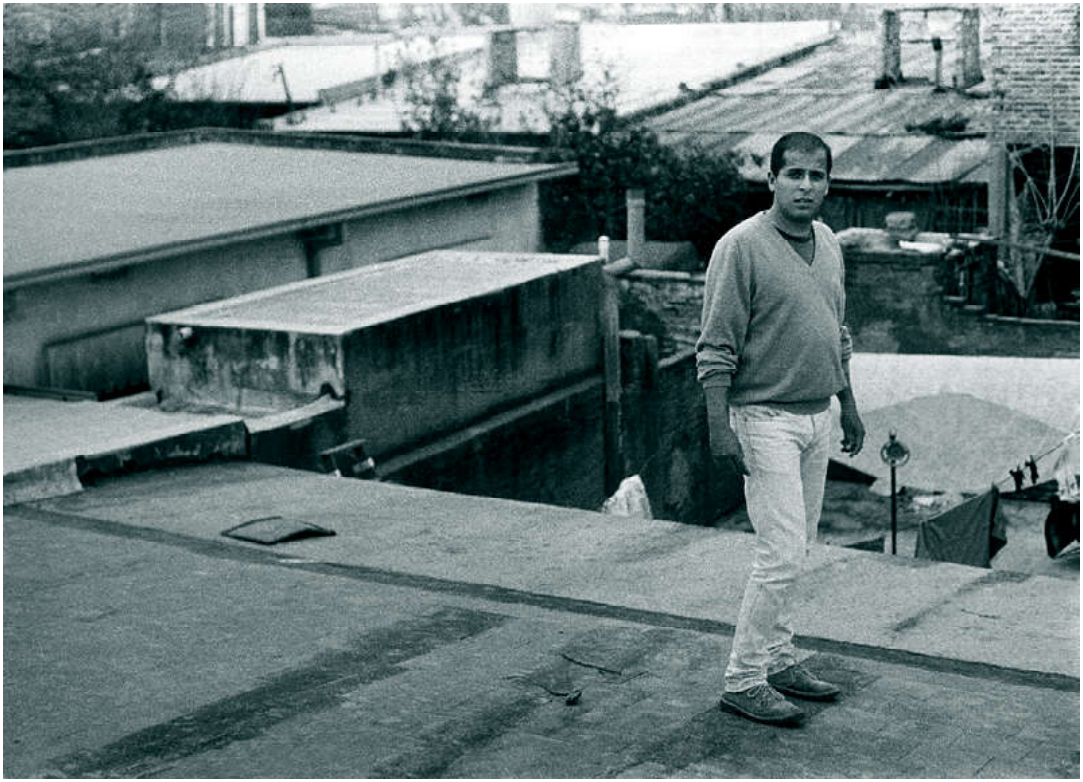
"Cuando nos despertábamos,
cada uno iba a su techo y
bajaba cuando se podía bajar,
para tratar de rescatar
algunas cosas. Nos reuníamos
a comer como a la una o a las
dos, y después, a la siesta,
seguíamos otro rato.
Nos juntábamos otra vez a la
noche: ¿vos que tenés,
vos que tenés? yo tengo esto,
yo tengo aquello...
y así fueron pasando los días".

Pablo, B° Roma

"Más allá de una catástrofe, pasó a ser una guerrilla. Empezó la mano pesada cuando el toque de queda.
Los helicópteros sobrevolando durante todo el día y durante la noche...era una zona de guerra. No teníamos reloj, pero ya calculábamos cada cuánto pasaba el helicóptero que iluminaba toda la manzana. De día parecía".

"Hubo una noche
que fue la peor de todos los días
que estuvimos en el techo.
Empezamos a escuchar gritos:
¡por favor, ayudenmé, una ambulancia!
-ambulancia pedían, fijate vos...-
¡se nos muere Pablo, se nos muere Pablo!
gritaban
¡le agarró un ataque de epilepsia!.
Uhhh...ahí nomás empezamos
a ver qué podíamos hacer.
Estaba Diego,
un pibe que sabía algo de medicina
porque está estudiando, y le digo:
vamos Diego, ayudame.
Cruzamos todos los techos
y estaba el muchacho tirado en el piso.
Estaba re mal ese pibe, mal, mal, mal...
Y empezamos a los gritos.
Los que estaban en el techo de al lado
escuchaban, le gritaban a la casa de la esquina
y de ahí gritaban para allá
y de la otra casa se seguía el grito,
y el grito se iba dando hasta llegar...
no sé...hasta avenida Freyre.
Entonces ibas escuchando ese eco porque iba
pasando de la misma gente
pidiendo auxilio para nosotros.
Hasta que vino una lancha con bomberos
y se lo llevó al pibe".

"Por ahí, algunas noches te quebrabas... y venía bien una palmada, porque la palabra ya no servía, no alcanzaba. Habíamos conseguido enganchar un teléfono a las líneas que pasaban arriba de los techos y hablábamos con la familia así. Pero por ahí te quebrabas... las palabras no te sirven a veces. En esos momentos, una palmada o que te digan: ya está, va a pasar... cosas así, te ayudaban".



En el trabajo de mirar el presente dañado de las pocas fotos que se salvaron, hicimos nosotros otro disparo; en el momento exacto en que las personas necesitaron pararse sobre su propio dolor.
Quizás sea éste un mínimo acto de restitución. Ineludible acto de restitución. Aunque en estas nuevas fotos, la tristeza sea el único rostro que pudimos ver.
Estas fotos cuentan la historia del después de la inundación, pero también son fotos iniciales.
Por eso, Gladys eligió retratarse en su casa vacía de muebles con la única foto que le quedó de su pasado. Y esa foto de las paredes marrones del barrio Roma es, en sí misma, una imagen del renacimiento: su mirada de ahora uniéndose con la de ella misma, joven, hace cuarenta años, en su foto de casamiento. Aquel momento iniciático en su vida está dentro de éste y construye, a la vez, la primera foto de esta etapa de restitución de su intimidad.
Esa es la intimidad que compartimos cada vez que llegamos a cada una de las 20 casas de los barrios del oeste de Santa Fe, para retratar a cada uno de nuestros 20 entrevistados. En un paisaje de despojo, de soledad, de abandono. Ya sin agua y sin cámaras de televisión haciendo foco en el drama y en la desesperación, pero con las personas habitando esas casas devastadas y con su palabra a flor de labios.
Estos primeros nuevos retratos irán a parar ahora a un álbum familiar. Ese álbum familiar que se va convirtiendo de a poco en una forma de escritura colectiva, que da cuenta de historias, momentos y personas.
Una foto casera siempre produce un impacto emocional. Todas las fotos de ese álbum poseen un detalle. Ese detalle que penetra al observador, llevándolo a hacer una revisión sensible de lo que ha visto. Y que, generalmente, son detalles no previstos por el fotógrafo: un gesto, una mano, una sonrisa, algo que se impone con intensidad inesperada. Esos son los fragmentos que se sobreponen al paso del tiempo. La consecuencia posterior a la observación de una vieja foto familiar es una reconstrucción virtual, una visión cargada de sueños y pasado, una reposición de instantes que van tramando de a poco nuestra memoria. Una agresión a ese proceso nos pone de inmediato en un territorio sin pasado. Pero, además, desvanece esa gran imagen que tenemos sobre nosotros mismos y sobre nuestro universo.
En el caso de Santa Fe, la gente vive el despojo y experimenta colectivamente la agresión.
No fueron solamente muchas fotos perdidas. De una noche a otro amanecer se borraron millones de imágenes, se cortaron miles de caminos. Les fue arrebatado a la gente ese poder atávico y mágico de danzar mansos sobre el fuego del pasado.
Por eso, éstos son los rostros del después, de este tiempo. Son los rostros que vimos detrás de las puertas, detrás de las palabras, detrás del ruido. Y, al volver a mirarlos a todos juntos, es posible que recién encontremos la justificación del disparo.
Después, muchos volvimos al centro de la ciudad, que como un gran animal se devora todo lo que produce el mundo, sea pan, fotos o palabras. Estamos ávidos por encontrar nuevas imágenes. Pero éstas, mañana se nos van a ir diluyendo, licuadas por otras más atractivas o aplastadas por lo fugaz de los sucesos.
Ahora eso nos importa poco. Aunque la guerra entre el rostro de un olvidado y la velocidad de la máquina cotidiana de triturar sea despareja, desigual, injusta, la elección de mirar detenidamente las historias comunes, es el camino que elegimos para darle algún sentido a nuestra mirada.
Por eso ahora, cuando los olvidos empiezan a calar nuestra frágil memoria, esta sucesión de imágenes, esta reconstrucción de identidades, desmienten a los números fríos de la estadística.

Es posible que algún día, un nombre, una sola historia común, termine venciendo la estupidez del número y el dato. Entonces, habremos empezado a cambiar algo.

Equipo de investigación:

María Claret
Adriana Falchini
Edgardo Gómez
Jimena Lis González
Martín Morales
Gabriela Redero
Alan Valsangiácomo

“Memorias y olvidos de la gente del oeste’’ forma parte de un proyecto de investigación y recuperación de la memoria de la inundación, que hemos dado en llamar Memoria Urgente.
Este proyecto, desarrollado en el marco del Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos (MEDH), se plantea distintas líneas de trabajo:

- Recopilación de fotos familiares dañadas por el agua.
- Registro fotográfico de los inicios de la Carpa Negra de la Memoria.
- Recuperación de historias de vida de vecinos inundados, lo que forma parte de una puesta fotográfica, audiovisual y textos.
- Promoción de espacios de reflexión en barrios afectados.

Desde nuestra perspectiva, el trabajo de Memoria Urgente se orienta, por un lado, a la emergente necesidad de denuncia, a la elaboración de lo sucedido en términos de reparación de la subjetividad y, finalmente, a la recuperación de lo vivido como parte de la historia colectiva.

El trabajo de entrevistas y fotografías fue realizado entre mayo y setiembre de 2003 en los barrios del oeste de Santa Fe, Argentina.

Esta obra se encuentra bajo una Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional.

Idea, producción y realización:

María Claret
Edgardo Gómez
Jimena Lis González
Martín Morales
Gabriela Redero
Alan Valsangiácomo

Aporte en producción:

Gabriela Almirón
María Fernanda Rovea
Miriam Urgorri

Edición gráfica

Adriana Falchini
Edgardo Gómez
Jimena Lis González
Gabriela Redero
Alan Valsangiácomo

Diseño y Armado

Gastón Del Porto | IMAGOO CREADORES DE IMAGENES